

RESEÑAS

NANCY VÁZQUEZ VEIGA, *Marcadores discursivos de recepción*. Universidad de Santiago de Compostela, 2003. (*Colección Lucus-Lingua*, 13).

En este trabajo, Nancy Vázquez lleva a cabo un exhaustivo análisis de los marcadores de recepción y del papel que desempeñan en los encuentros lingüísticos. El libro está estructurado en cuatro capítulos –más una reflexión final– en los que se trata el problema de la marcación textual con un estilo ameno y accesible, utilizando continuas referencias a corpus de habla oral para justificar posiciones teóricas y clasificaciones.

En el primer capítulo, de interés metodológico para todo aquel que desee iniciarse en la lingüística de corpus, la autora –basándose obviamente en su experiencia personal como investigadora y compiladora– hace un práctico recuento de las dificultades a las que se enfrentará el investigador que busque crear un corpus de este tipo. Desde la eclosión de la lingüística descriptiva, es poco común encontrar una investigación lingüística que no esté respaldada por una base de datos más o menos extensa. Por esta razón hay que agradecer a Vázquez Veiga que dedique parte de su atención a cuestiones metodológicas de esta naturaleza.

El libro, además, tiene el mérito de recordarnos una posibilidad de investigación muchas veces olvidada: el papel que el entrevistador desempeña en la interacción. Inevitablemente, analizar su comportamiento lingüístico tiene ventajas e inconvenientes. Por una parte, es difícil que el entrevistador logre olvidarse de la grabadora, ya que parte de su atención está destinada a comprobar que el proceso de recogida de datos lingüísticos se desarrolla en las mejores condiciones posibles, controlando la duración de la conversación, estando pendiente de ruidos externos que puedan contaminar la audición, de la posición del entrevistado con respecto al micrófono y de un sin-número de detalles técnicos. Además, en el caso –como ocurre con el

corpus que maneja Vázquez Veiga— de que no se siga un cuestionario sociológico independiente de la situación de conversación semidirigida, es también tarea del investigador asegurarse de obtener, en el transcurso de la entrevista, los datos demográficos necesarios para relacionarlos con los lingüísticos. Por tanto, la conciencia de “estar siendo grabado”, de tener una tarea que cumplir y de que la conversación que se está manteniendo está lejos de ser ociosa, no abandona al entrevistador, por lo que en principio estaríamos ante una situación de formalidad y de máxima atención al discurso. Por otra parte, el entrevistador, al tiempo que es consciente de que la grabación se está llevando a cabo, también tiene muy claros sus objetivos, el primero de los cuales es, como recuerda Vázquez Veiga, recoger “el mayor número posible de muestras de habla vernáculas” (p. 16). Al colaborar con la espontaneidad de la conversación, es recomendable que el entrevistador se esfuerce por construir un discurso alejado de la formalidad que en principio exigiría la situación. Esto puede generar un comportamiento lingüístico difícil de clasificar entre lo formal y lo coloquial, por parte del entrevistador, aun cuando en el momento de llevarse a cabo la entrevista el entrevistado desconozca que se convertirá en objeto de estudio. Este último condicionamiento es una indudable ventaja para el aprovechamiento de los datos. Teniendo en cuenta el uso que se le ha dado al corpus, es razonable que no se hayan buscado estilos de habla más formales, aunque tal vez sería interesante elaborar una comparación entre los datos obtenidos en este tipo de conversación semidirigida, con los marcadores de recepción que aparecen en contextos menos ambiguos, desde el punto de vista de la formalidad.

El segundo capítulo, “De la gramática al discurso”, propone una visión histórico-evolutiva de los problemas de terminología asociados a las categorías gramaticales, con especial atención a la siempre conflictiva interjección. Aquí, la investigadora gradualmente nos conduce a las clasificaciones que se llevan a cabo en pragmática y que comparten ciertos aspectos conflictivos con la categorización gramatical. Vázquez Veiga nos pone al corriente de los antecedentes del problema de la marcación textual y de las diferentes definiciones ofrecidas a lo largo de la historia, de estas partículas imprescindibles y muchas veces ignoradas o mal clasificadas. Respecto a las interjecciones, es bien sabido que durante mucho tiempo fueron una piedra en el zapato de muchos lingüistas, que no podían obviar su existencia pero que, al mismo tiempo, reconocían que no se podían equiparar con otras categorías gramaticales. Vázquez Veiga opta por definir la interjección como una unidad léxica no descriptiva, argumentando que no puede formar oraciones pero sí enunciados y expresando, de esta forma, un significado no proposicional (de carácter procedimental, discursivo o pragmático). En cuanto a los marcadores del discurso, la autora des-

taca la gran confusión terminológica que provoca la multiplicación ilusoria de los objetos de estudio. Veiga propone una clasificación basada en la función: todo aquello que pueda funcionar como marcador discursivo debe analizarse como tal. Estudia por separado interjecciones y marcadores discursivos, pero concluye afirmando que ambas categorías deben relacionarse con el fin de optimizar los resultados del análisis. En este libro se explora, entonces, qué une y qué separa a estas dos categorías, y se demuestra, con ejemplos tomados del corpus, que ciertas interjecciones pueden efectivamente funcionar en una conversación como marcadores de recepción. Los marcadores del discurso –sean de la naturaleza que sean– constituyen una categoría pragmática que, según la autora, debe estudiarse desde una perspectiva “que podríamos denominar funcionalista” (p. 80), sin renunciar a la importante contribución de otras corrientes, debido a la complejidad del fenómeno de la marcación discursiva.

En el tercer capítulo, Vázquez Veiga dedica su atención a un participante imprescindible en la comunicación, que muchas veces no recibe la atención que le corresponde por parte de los estudiosos: el oyente, que desempeña un papel protagónico en este estudio. Clasifica esta figura en tres tipos: el oyente abstracto, el real en segundo grado y el real en primer grado. Al describir el sistema dual de toma de turnos, recurre repetidamente a ejemplos tomados del corpus; este tipo de ejemplificación dota de gran consistencia su argumentación, basada en la distinción entre los turnos del hablante y los del oyente. Ambos turnos pueden ser fuertes o débiles, en función de su capacidad para alterar el desarrollo temático de la conversación. Esta clasificación ha sido expresamente creada para el análisis del papel de los marcadores discursivos en la conversación, aunque constituye una excelente propuesta sobre la dualidad del sistema de turnos, que podría tener interesantes aplicaciones en otros campos de estudio alejados de la marcación discursiva.

Un punto que Vázquez Veiga esboza en este trabajo tiene que ver con el significado social de los marcadores del discurso y su función en el mantenimiento de las relaciones, por lo que la necesidad de un correcto uso y su importancia en el comportamiento lingüístico humano justifican plenamente su estudio pormenorizado. Efectivamente, es incomprensible el deficiente tratamiento que han sufrido estas partículas discursivas en el ámbito de la lingüística, especialmente teniendo en cuenta que, como recuerda Vázquez Veiga, “prácticamente nada de lo que se dice o hace en una conversación es superfluo” (p. 129).

El cuarto capítulo se centra en la descripción lexicográfica. Previamente, Vázquez Veiga repasa los tres significados posibles de los marcadores de recepción –como reguladores de la alternancia de turnos (bien sea para absorber simultaneidades indeseadas, bien para mantener el turno de palabra), su labor en relación con el

tratamiento de la información (subdividiendo entre vínculos únicamente retrospectivos o bidireccionales, retrospectivos y prospectivos), y como expresión de las emociones. Quizás el mayor mérito de este trabajo sea la completa clasificación lexicográfica de los distintos significados de *ah*, con lo que se demuestra, de modo impecable y con gran detalle, que la descripción lexicográfica de este tipo de partículas –con base en un corpus de habla oral– no sólo es viable, sino altamente recomendable.

En su reflexión final, la autora subraya que pretende acercarse a un campo de estudio que los lingüistas en muchas ocasiones prefieren evitar, por ocupar una tierra de nadie a medio camino entre lo lingüístico y lo extralingüístico. Acierta plenamente Vázquez Veiga al no radicalizar su opinión y proponer una postura moderada. Reconoce, pues, la importancia práctica de la –relativamente nueva– pragmática para solucionar investigaciones en las que la lingüística tradicional se encallaba, sin que llegue a concebirla como un cajón de sastre prodigioso en el que todas las preguntas obtendrán respuesta. Insiste en que es fundamental no escatimar méritos al trabajo desarrollado anteriormente pues, pese a no tomar en cuenta la dimensión pragmática de los problemas lingüísticos tratados –o considerarla sólo en un segundo plano–, tiene gran calidad científica. En este punto, el mejor tratamiento posible para abordar un problema como la marcación discursiva es un acercamiento multidisciplinario que estudie la cuestión, de modo simultáneo, desde una pluralidad de enfoques complementarios.

En vista de este excelente trabajo, redactado con inteligencia y bien fundamentado, esperamos con curiosidad los resultados que la autora adelanta del diccionario de marcadores basado en la BADAME (Base de Datos de Marcadores del Español).

MARÍA DE LA CRUZ LASARTE CERVANTES
Universidad de Málaga

CARMEN TRUEBA, *Ética y tragedia en Aristóteles*. Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, Barcelona, 2004; 158 pp. (*Autores, Textos y Temas. Filosofía*, 54).

Cuando uno lee el breve, pero claro y preciso, “Prólogo” de este trabajo (pp. 7-11), sólo puede estar de acuerdo con la autora y compartir su perspectiva: en la *Poética* de Aristóteles, lo trágico aparece prioritariamente como un efecto patético que el autor dramático logra por medio de la técnica y no necesariamente corresponde a lo trágico de la condición humana; por ello, no se le puede estudiar como un conglo-